

estas tan solo en lo que no fueron censuradas por San Gerónimo.

Pasa despues de esto á la censura de los libros apócrifos, de los cuales los mas famosos son el Itinerario de San Pedro y sus Actas, con las de otros muchos Apóstoles; el libro de la Infancia del Salvador; las Actas de Santa Tecla; la carta de Jesucristo al rey Abgaró, y la de este á Jesucristo; el libro del Pastor tan venerado de la antigüedad, y aun los cánones apostólicos. Mas como hay mucha variedad en los ejemplares antiguos de este Concilio, ténese y con razon que se introdujeron en su catálogo algunos nombres de autores de que efectivamente no se hizo mencion. A lo menos es cierto que no trata de igual manera á todos estos escritores; así como lo es que censurando á los que se separaron de la doctrina de la Iglesia, trata con una gran diferencia á Lactancio, Clemente Alejandrino, Arnobio y Casiano, que erraron por inadvertencia, y á los dogmatizantes decididos como Tertuliano, Fausto el maniqueo, y en general á todos los hereges por mas célebres que fueran, cuyos nombres refiere desde Simon Mago hasta Acacio de Constantinopla.

Además tenemos otras obras del Papa Gelasio, entre las cuales se hace particular aprecio de un tratado contra Eutiques y Nestorio, que muchos criticos atribuyeron á Gelasio de Cízico. Hacian honor á su sabiduría y á sus talentos las costumbres de este Pontífice. Era de una rara piedad, dedicaba á la oracion, ó á santas conversaciones con los mas dignos siervos de Dios, todo el tiempo que le dejaban libre sus funciones sublimes. Encumbrado á la mas alta dignidad, la miraba como el mayor peso y como una verdadera servidumbre que le hacia responsable á todo el mundo. Sustentaba á todos los pobres que podia encontrar, y él mismo vivia como tal y practicaendo las mas rigurosas austeridades. Mu-

rió tan santamente como habia vivido, el dia 19 de noviembre del año 496. Es el primer Papa que fijó las ordenaciones en las cuatro tómporas.

San Epifanio, obispo de Pavia, coronó en el año siguiente con una santa muerte cincuenta y ocho años de una vida que no fué mas que un tegido continuo de todas las virtudes, y principalmente de la mas activa caridad (1). Desde la edad de diez y ocho años, su santo predecesor Crispin le encontró con la suficiente madurez para conferirle el orden sagrado del subdiaconado. Ordenole diácono á los veinte años, y le confió la administracion de todos los bienes de su iglesia: destino que no le estorbó leer y meditar de continuo las santas Escrituras, adquirir una tierna piedad, y guardar una pureza angelica en medio de las distracciones exteriores y de las relaciones que á causa de ellas tenia con toda clase de personas. Era de semblante agraciado y de bella preséncia, pero de una modestia aun mayor, que inspiraba respeto y moderacion. Tenia una hermosa voz, y en sus palabras y modales era tan suave y persuasivo, que penetraba hasta los corazones mas empedernidos, y ganaba los ánimos mas pertinaces. Su obispo, de quien era el consuelo y báculo en la vejez, solia emplearle en interceder por los desgraciados, cuando él no habia podido por sí mismo alcanzarles socorro. Este feliz talento de medianero, que hacia á la persona de Epifanio interesante y sumamente amable á todos desde su juventud, le constituyó el intercesor público y el patrón de toda la Italia, cuando fué elegido obispo á los veinte y ocho años de su edad. Restablecia unas veces la buena inteligencia, tan necesaria para el bien del pueblo, entre los grandes y los débiles emperadores de su tiempo: otras reconciliaba á los

(1) Baron. p. 300; Holland, ad diem 21 Jan.

principes entre sí mismos: otras obtenia el perdon de los tributos á las ciudades agotadas con las exacciones: muchas veces emprendia largas y peligrosas embajadas para reclamar pueblos enteros de cautivos, llevados de las provincias que habian quedado despobladas é ineultas. Así obtuvo del rey Gundebaldo y sin rescate hasta seis mil súbditos del rey Teodorico, que habian sido llevados como esclavos de Italia á Borgoña. Estimábale igualmente aun los principes mas enemigos entre sí. Cuando el rey de los ostrogodos, ó godos orientales le vió por la vez primera á su entrada en Italia, esclamó inspirado: «hé aquí un hombre que en todo el Oriente no tiene semejante.» Por escésiva que fuera la enemistad que habia entre este principe y Odoacre, rey de los hérulos, el santo obispo tuvo invariablemente la confianza de ambos. Era tal la bondad de su alma, que atento solo á hacer bien sin mirar á quien lo hacia, se le vió sustentar en Pavia á los que acababan de robar sus tierras contiguas.

Anastasio, romano de nacimiento y contado como San Gelasio en el número de los Santos, fué ensalzado á la Sede apostólica cinco dias despues de la muerte de este Papa. En el corto espacio de dos años que duró su Pontificado, tuvo el consuelo de ver á Clodoveo, rey de Francia, abrazar la Religión cristiana y la comunión católica. Habia ya mas de dos siglos que este pueblo de Germania era católico y se hacia cada dia mas famoso por su indole marcial. Desde principios del quinto siglo habia pasado el bajo Rhin y penetrado en las Galias, siempre estendiendo sus dominios bajo del gobierno consecutivo de tres de sus principes. Clodoveo, que era el cuarto, estendió mucho mas sus conquistas apoderándose de todo lo que quedaba á los romanos en las Galias, y en general de todo lo que no pertenecia á los borgoñones ó á los visigodos; despues

de lo cual, su talento muy superior al de los golpes de mano y de las invasiones bárbaras, quiso dar á su casa y á su nacion una forma constante y fija. Procuró con estas miras contraer matrimonio con una sobrina de Gundebaldo, rey de Borgoña, llamada Clotilde, que gozaba de grande nombradía, tanto por su hermosura como por la elevacion de su espíritu y demas prendas estimables.

Los borgoñones, oriundos de la Germania como otros muchos bárbaros, se establecieron primeramente hácia el año 413 en las provincias contiguas al Rhin (1); pero estos no tenian de bárbaros mas que el nombre. Eran de buen aspecto, altos por lo comun hasta seis pies, suaves, moderados, y sin aquel genio feróz y vagabundo de la mayor parte de los pueblos del Norte; antes al contrario, eran muy laboriosos, aficionados á las artes y á todos los ejercicios de la industria. Con tan buen natural, abrazaron facilmente las máximas del cristianismo luego que las conocieron. Desolados con las incursiones que los hunnos hacian frecuentemente en sus tierras, determinaron despues de una deliberacion pública, ponerse bajo la proteccion del Dios de los romanos; despues de haber observado, dice el historiador Sócrates, que es el poderoso defensor de todos los que le temen. Pasaron á una ciudad de las Galias á rogar al obispo que los admitiese en el número de los siervos de Jesucristo. Los dispuso con siete dias de ayuno, en los cuales los instruyó en las verdades de la fé, y despues les administró el bautismo y los dirigió á sus casas llenos de consuelo y confianza. No saltó frustrada su esperanza, pues habiendo muerto de repente Uptaro, rey de los hunnos, en un convite nocturno, atacaron los borgoñones á estos terribles enemigos con fuerzas incomparablemente

(1) Prosp. Chronol. adit. 1111.



menores, y con todo los derrotaron completamente. Su constancia en la Religión y en las virtudes que ella enseña, igualó á su primera docilidad. Entablaron una vida mucho mas inocente que antes; á los sacerdotes que se les enviaron los obedecieron como á sus padres, y trataron á los galos mas como á hermanos que como á vencidos. Empero este pueblo dócil y tratable tuvo por desgracia suya sobrada conexión con los visigodos, que se establecieron en sus cercanías. Dejáronse los borgoñones de tal modo inficionar del arrianismo con esta funesta comunicacion, que casi todos sus príncipes profesaban esta heregía, cuando Clotilde, que habia sabido librarse de ella, fué pedida por el rey de los francos.

A la princesa, que juntaba mucho talento con una sincera piedad, no le placía una corte, en la cual ademas de otros motivos de angustia, veía su fé espuesta á continuos riesgos: por otra parte, el esposo que la proponian era todavía idólatra. Una nueva dificultad para verificar este enlace era que se trataba de sacar á Clotilde de manos de un tio indigno de su nacimiento y de la recomendable nacion que regia: príncipe afectado y pérfido, pariente cruel y desnaturalizado, que habiendo muerto al padre de la princesa, temía que esta hiciese pasar su resentimiento á un esposo capaz de vengarla. Asi, pues, lo primero que hizo fué asegurarse de las disposiciones de Clotilde por medio de Aureliano, á quien favorecía Clodoveo, aunque cristiano y galo. El confidente habló á la princesa de una manera que interesaba su religion: representóla que Clodoveo trataba siempre favorablemente á los cristianos: que mostraba veneracion á todas las personas piadosas y mucho respeto á las iglesias: que su espíritu recto y sólido principiaba ciertamente á conocer la vanidad de sus dioses de piedra y de metal: que habia motivo de creer que el cielo la

destinaba á ella para convertir con su rey á un pueblo célebre entre todos los demas por su valor, y para procurar una proteccion tan poderosa á la verdadera fé en la grande necesidad en que estaba. Estos poderosos motivos, reunidos al deseo que tenia Clotilde de salir del temor y opresion en que se hallaba cerca del asesino de su padre, la resolvieron á prestar su consentimiento: despues de lo cual Gundebaldo no osó rehusar claramente el suyo á un conquistador jóven, que no hubiera dejado fácilmente impune esta afrenta. Envió el borgoñés á la princesa, y dió á sus conductores sumas muy considerables en calidad de dote, segun se acostumbraba; mas este infame príncipe imaginaba seguramente frustrarlo todo en el camino, con alguna de las atrocidades secretas en que estaba adiestrado. Con efecto, á la mañana siguiente despachó gentes que persiguiesen á los que habian partido, y sin duda los hubieran alcanzado, pues iba la princesa en un carro tirado por bueyes; pero ella conocía el genio de su tio, y asi desde el primer dia, luego que se vió á cuatro leguas de Viena, propuso á Aureliano que la hiciese llevar á caballo, para salir cuanto antes fuera de las tierras de los borgoñones. Los que venian en su persecucion cogieron el dinero que quedaba atrás, pero Clotilde se libró y arribó felizmente á Soissons, donde se celebró el matrimonio con magnificencia, y aun fué preciso que Gundebaldo, á pesar de todos los paliativos con que quiso cubrir sus ardidés, restituyese la dote, temeroso de una guerra que temía aun mas de lo que apreciaba el dinero.

No tardó Clotilde en hablar del cristianismo al rey su marido, con el éxito que era de esperar de una jóven esposa amada con ternura y llena de mérito. Desde luego hizo impresion en el corazón del rey, que concibió la mayor estimacion de la fé cris-

tiana; mas no quería convertirse, porque estas grandes variaciones no son meramente efecto de conviccion, sino que solo se obran con las gracias abundantes y eficaces que el Señor da en la medida que le place. No obstante, permitió Clodoveo á la reina que hiciese bautizar sus hijos. Por desgracia el primero, llamado Ingomero, murió en la misma semana que le bautizaron, y el rey sentido sobremanera no dejó de atribuir esta muerte á la cólera de sus dioses. Sufrió la santa reina esta tribulacion con un valor digno de la fé que la animaba, y contestó que lejos de mirar esta muerte como una desgracia, se tenia por dichosa de haber dado á luz un hijo que el Todopoderoso quería mas bien para su reino que para las miserias que se ocultan bajo la mas luciente diadema. Al año siguiente dió á luz otro hijo y tambien le hizo bautizar poniéndole por nombre Clodomero. Al punto cayó enfermo de mucho peligro, y ya el rey amenazaba echar de su reino á todos los cristianos; mas contento esta vez el cielo con las disposiciones del corazón de la virtuosa princesa, volvió la salud al niño por las oraciones de la madre. Desvaneciéronse las preocupaciones del rey con su dolor, y su confianza en Clotilde fué despues inalterable.

Desde entonces quiso asegurarla una dote digna de ella y de él; mas la reina que no tenia otra ambicion que la de propagar el reino de Jesucristo, le dijo: «Señor, la dicha de una cristiana consiste en la vida venidera: no os suplico otra cosa que la libertad de hablaros á menudo de esta suprema felicidad, que tanto deseo para vos como para mí.» No cesó en efecto de exhortarle á que abandonase los ídolos para adorar al Dios verdadero, «el único, decía, que con una palabra sacó de la nada la tierra y el mar, que los llenó de toda suerte de criaturas vivientes, y adornó los cielos con esa multitud innumerable

de lucientes astros.» — Cierta dia especialmente en que se despedía de ella para ir á hacer la guerra contra los alemanes, nacion formidable de la Germania, y de la cual todas las demas de aquel país tomaron por fin el nombre, le dijo: «Señor, si queréis asegurar la victoria, invocad al Dios de los cristianos, pues es el Dios de los ejércitos y el árbitro de las victorias y de las derrotas. No olvideis lo que ahora os digo en nombre suyo: si recurris á él, nada podrá resistiros.» Acordóse de ello algo tarde Clodoveo (1): sus tropas retrocedían por todas partes, y ya temía una completa derrota, cuando esclamó gimiendo y arrodillándose á vista de todo el ejército: «Dios de la virtuosa Clotilde, á vos recurro; hacedme vencer, y no tendré ya otro Dios mas que á vos.» Todo varió de aspecto á estas palabras: un valor imprevisto y divino anima á los francos: apodérase de los alemanes un pánico terror y principian á huir por do quiera. Su rey queda entre los muertos, y el campo de batalla por Clodoveo. Sucedió esto en la llanura de Tolbiac, hoy Zulpich, entre Bonn y Juliers.

El vencedor cumplió su palabra: en el mismo camino, volviendo por Toul, llevó consigo á un santo y sábio presbítero llamado Vedasto ó Vaast, que fué despues obispo de Arras, á fin de que le instruyera en la fé. San Remigio, obispo de Reims, una de las mayores lumbreras de su siglo, juntó sus afanes á los de San Vaast, y bautizó al rey en la iglesia de San Martín de Reims el dia de Navidad del año 496, con un gran número de francos de la primera gerarquía que habian prevenido los deseos del príncipe.

Remigio, que poseía grandes ideas, quiso dar á la ceremonia un esplendor y aparato dignos de su objeto. Las calles estaban

(1) Gregor. Turon. lib. 11, cap. 30.



entapizadas desde el palacio hasta la iglesia, situada extramuros de la ciudad. La iglesia misma y el baptisterio estaban adornados con mucha mayor magnificencia. Había allí un portentoso número de cirios, cuya cera mezclada con los más exquisitos perfumes embalsamaba el aire al tiempo de consumirse, y hacía grande impresion en un pueblo de suyo vivo y acostumbrado á una vida enteramente marcial; pero lo que mayor sensacion causó en estos bárbaros idólatras, mucho más guerreros ó más descuidados en el culto de sus dioses que en todo lo demás, fué el número y la modestia angelical de los ministros sagrados y el aparato magestuoso de nuestras ceremonias (1). El rey, trasportado de admiracion, y como fuera de sí, dijo á San Remigio que le llevaba por la mano: «¡Padre mio! ¿es este el reino de Dios que me habeis prometido?» — El obispo contestó: «no, príncipe, no es más que su sombra;» y mostrándole la pila bautismal, «hé ahí, le dijo, la puerta que á él nos conduce.»

Clodoveo pidió con mucho fervor el bautismo, y el santo arzobispo le dijo: «doblad la cabeza, fiero Sicambro, bajo el yugo del Todopoderoso; adorad lo que habeis blasfemado, y pisad lo que hasta ahora habeis adorado.» Hízole luego confesar la fé de la Trinidad, y en seguida le confirió el bautismo. Tres mil francos que le acompañaban, sin contar las mugeres y los niños, le recibieron al mismo tiempo de mano de los obispos y presbíteros que Remigio había convidado en crecido número para hacer más augusta la ceremonia. Tenía Clodoveo consigo dos hermanas, Alboflada y Lenthilda, de las cuales la primera fué bautizada, y la otra que ya era cristiana, pero adicta al arrianismo, fué reconciliada con la

(1) Hincm. Vit. S. Remig. ap. Duchesne., tom. 1 pag. 527.

uncion del santo crisma. Otra llamada Alboflada y desposada ya algun tiempo con Teodorico, rey de Italia, donde había vivido, persistió en el arrianismo, y al comulgarse murió con un veneno que su propia hija había echado en el cáliz.

El rey, queriendo que nada faltase á la alegría de su conversion, dió libertad á muchos prisioneros é hizo á las iglesias donaciones tan considerables, que una parte bastó para erigir el obispado de Laon que hasta entonces era de la diócesis de Reims. Genchaldo que se había casado con la sobrina de San Remigio, y se separó de ella deseoso de mayor perfeccion, fué el primer obispo de esta nueva Silla.

Después del bautismo de Clodoveo siguió San Remigio instruyendo al ilustre y fervoroso neófito, que entraba con la impetuosidad de su temperamento fogoso en los piadosos sentimientos que el santo obispo cuidaba de inspirarle. Cierta dia en que le leía la Pasion del Salvador, exclamó el príncipe (1): «¡Ah! ¡que no hubiera estado yo allí con mis franceses!» Mandó que se publicase una declaracion exhortando á todos los pueblos de su obediencia á que abrazasen el cristianismo: dulce objeto de consuelo para la Iglesia que veía al jefe de la nacion más guerrera y poderosa después de la decadencia del imperio declararse por la verdadera fé, en tanto que todos los soberanos que no eran idólatras profesaban ó protegían la heregía. En Oriente estaba entregado á los eutiquianos el emperador Anastasio. Los reyes godos en España y en Italia, el rey de los borgoñones en las Galias, y el de los vándalos en Africa, profesaban el arrianismo, al propio tiempo que los anglosajones en Bretaña y todos los demás pueblos del Norte seguían sepultados en las tinieblas de la idolatría. De este modo Clodo-

(1) Fredeg. Epit. cap. 21.

veo, por una escepcion única, se halló el único soberano que en todo el mundo profesaba la Religion católica; y por igual escepcion y aun más gloriosa, todos sus sucesores por espacio de más de mil doscientos años, mereciendo ó sosteniendo el título

de reyes cristianísimos y de hijos primogénitos de la Iglesia, presentaron solos el espectáculo de un imperio en que la heregía no se ha fijado sobre el trono ni aun durante un solo reinado, ni dominó jamás en el Estado.

### LIBRO DÉCIMO-OCTAVO.

Desde la conversion de los francos en el año 496, hasta el imperio de Justiniano en el de 527.

CUANDO el orden político del orbe variaba completamente así por la sustitucion de los nuevos dominadores del Occidente al poder romano, como por la crisis en que el imperio se hallaba en Oriente, también el orden eclesiástico tenía que sufrir alguna nueva modificacion. La Iglesia y los Pontífices encargados de su gobierno, amaestrados por el Evangelio á unir la prudencia de la serpiente con la simplicidad de la paloma, es decir, á no tentar al Señor y á utilizar todos los medios que la prudencia sugiere, esperándolo todo de la Providencia, debían acomodarse á las circunstancias, sin innovar cosa alguna de la ley divina, y sin juzgar del orden temporal que no les pertenece, y al propio tiempo debían adorar los designios del cielo en las revoluciones una vez consumadas, respetar á los nuevos soberanos constituidos en los derechos de los antiguos, y concertarse con ellos para convertir sólidamente á Dios los soberanos y los súbditos.

Animado de estas disposiciones el Papa B. del G., tomo XVII. —IV.—HISTORIA ECLESIASTICA.—TOMO II.

Anastasio procuró escribir al rey Clodoveo desde los principios de su conversion. Para escitarle á cumplir con el primer deber de un príncipe cristiano, no le presentó el alimento de los fuertes, sino que empleando las alabanzas, como leche acomodada á su estado de infancia en Jesucristo, le dijo que se regocijaba con la Esposa de este Dios hecho hombre, porque le había proporcionado un hijo prudente y valeroso, capaz de defenderla por sí solo contra sus innumerables y furiosos enemigos. Después le exhorta á que tenga con la Iglesia y con el centro de su unidad aquellos sentimientos y conducta que tuvo efectivamente este príncipe, y en los que igualmente se distinguieron sus sucesores.

Escribió también al emperador llamado Anastasio como el Papa, pero que estaba animado de muy diferentes disposiciones que el rey de los franceses. No se prometía el Pontífice ni esperaba de él cosas grandes; pero se proponía á lo menos estorbar que el cisma y las turbulencias llegasen al